

# SIGNOS DE OTRA REALIDAD

Una primera y superficial contemplación del mundo actual nos lo presenta como totalmente indiferente al mensaje religioso. La mentalidad cada vez más difundida y el nuevo lenguaje que expresa esa mentalidad parece que definen al mundo y a la vida casi exclusivamente con dos términos de éxito, eficacia, valores exteriores. Parece que la Humanidad se ocupa totalmente en hacer el inventario de sus riquezas materiales, de sus negocios y de sus reservas. Un día se dijo de algunos pueblos de Asia que estaban "intoxicados por lo divino". Hoy de muchísimos en nuestros pueblos, y no sólo occidentales, puede afirmarse que están "intoxicados por lo terreno".

siguentemente, la religión aparece como relegada al margen de la vida pública como una tierra aislada y reservada tan sólo a algunos momentos de descanso, como un minúsculo jardín de una gran ciudad sepultado entre los rascacielos de acero y de cemento.

¿Qué buscan los jóvenes de hoy? Lo que siempre han buscado: ideales y sueños generosos, un futuro mejor y más amplio y al mismo tiempo las cosas de siempre: el placer, el deporte, el dinero, la música la mujer. Pero los jóvenes de hoy muestran una conciencia más despierta y agude por los problemas sociales. Actualmente en el cuadro de las aspiraciones de nuestro tiempo, los

jóvenes advierten de una manera más directa y sincera que los adultos la insuficiencia de los valores que pueden gozar. Saben "tener todo" pero nada más. Y por eso esperan una solución.

Una reciente estadística de las autoridades consulares francesas ha dado la cifra de 10.000 jóvenes franceses que se encuentran actualmente en la India. ¿La droga? ¿La moda? ¿La pasión de viajar? Sí; pero esto no es toda la explicación. Muchos afirman que buscan un "Ashram" o un "Guru" para obtener una respuesta. Tres jóvenes de Nueva York, judíos, han venido a visitarme en Roma camino de la India. Millares de jóvenes van a Taizé. Un amigo

benedictino francés me ha dicho que cada año unos 8.000 jóvenes llaman a las puertas de su monasterio, que no es grande.

Quizá estos jóvenes no han encontrado a su vera un sacerdote, un rabino, para obtener una respuesta a sus problemas interiores. Quizá "ya no hay profetas en Israel", diría la Biblia. No. Gracias a Dios hay profetas. Pero también es posible que a muchos de estos jóvenes les haya ocurrido lo que le ha sucedido a un amigo mío estudiante. "Has hablado de estos problemas tuyos al capellán?" Le pregunté. "No. Es inútil. El capellán nos habla siempre y sólo de problemas sociales, que nos otros, por lo demás, conocemos

mejor que él".

Por tanto, la experiencia juvenil también confirma este hecho: que el mundo espera de nosotros algo diferente, algo que el mundo no tiene. Si insistimos en dar lo que el mundo tiene y lo que nosotros apenas poseemos, nos mostramos irrelevantes cuando no, quizás, ridículos. Esto hay que decirlo también para aquellos hermanos y hermanas nuestros que de buena fe piensan que para servir mejor al mundo todo consiste simplemente en asemejarse al mundo. No. El mundo nos pide que seamos signo de otra realidad.

Tenemos que dar al mundo la idea misionera: es una de las pocas y grandes ideas de siem-

pre y también de hoy. Y con toda certeza podemos apoyarnos en ella para suscitar, sin miedo a la desilusión, el interés de los jóvenes. Una vez confirmada nuestra certeza de que la idea misionera es capaz de interesar y de entusiasmar a las generaciones jóvenes, existe otra realidad, que debe ser considerada en consecuencia. A los jóvenes de hoy les podemos decir sin la menor vacilación: no sólo tenemos la idea que buscáis, sino también tenemos aquella persona que la ha sostenido no sólo con su enseñanza, sino con su vida, su muerte y su resurrección: Jesucristo.

Mons. Sergio Pignedoli  
(Presidente Internacional de las Obras Misionales Pontificias)

## TIEMPO DE OPINION

## LOS PRECIOS

Actuando con rapidez en esta coyuntura podría haberse previsto y quizá atajado situaciones graves como la presente. El frenesí y el éxtasis de llenar las granjas, provocando por este estímulo exagerado es el resultado de esta caótica situación. Ya estamos en la ley del péndulo. De la escasez a la saturación en el

Cuando el mercado señalaba claramente el desinterés del ganado entonces era el momento de estimularlo, ya sea primando las crías de reproducción o revisando los precios mínimos de selección. También podía haberse regulado dejando importar carne para equilibrar los que por sacrificio de las madres no iban en el mercado. Estas medidas a título de sugerencia u otras hemos mantenido una estabilidad más o menos fluctuante dentro de unos límites razonables.

Lamentablemente, el precio actual del ganado de cerda —se ha ido a pagar a 82 pesetas kilo canal— comparativo con el promedio —de unas 57 pesetas— hace obvio cualquier comentario.

(De «Tele-Expres»)

## UN AÑO DESPUES

Nos referimos a la falta de una amplia y total coordinación entre las instituciones que en España defienden y mantienen la Ley. Es algo que difícilmente podría ser discutido. Una evidencia que tiene su origen no en los hombres integrantes de esas instituciones ni en su denodada actuación. Esa falta de coordinación existe en las estructuras que forman el esquema de la organización de seguridad en nuestro país. Es evidente que el andamiaje resulta demasiado complejo y por ello mucho menos efectivo a los efectos que nos ocupan, que lo sería el que bajo una sola dirección, bajo un mando único, se integraran todas aquellas que mantienen la misión de defender a la sociedad contra la aniecha. Pero éste es tema que requiere una más profunda amplia meditación.

De momento, lo que importa es convenir en que la «libertad visionaria» de que está gozando «El Lute» más que el fruto de astucia que estamos convirtiendo en leyenda, es la prueba viva de la necesidad de revisar unas estructuras.

(De Semprún, en «ABC»)

## JUAN CARLOS

El Príncipe don Juan Carlos de Borbón, heredero de una dinastía de reyes españoles, es no solamente el sucesor legítimo jefe del Estado, sino un hombre formado rigurosamente de niño en muy amplias y profundas enseñanzas prácticas y éticas encaminadas al ejercicio de sus futuros deberes. Y digo éteres y no derechos porque se forjó, ante todo, en el más estricto sentido de la responsabilidad. Educación disciplinada, ferrea, que no se improvisa cuando se trata de tan alta misión. Aprendizaje militar y civil muy especial y personal del noble oficio de Rey. A lo que hay que añadir su tacto, su prudencia, su inteligencia, su patriotismo, su cordialidad, su amabilidad, su ancha humanidad, su intenso trabajo cotidiano, acercamiento a la religiosa, su vida honesta y austera, su hogar, es ejemplo de cristianas y españolas virtudes. Los militares y labriegos de Almadén, como tantos otros trabajadores de España, vieron eso y más en el Príncipe. Por ello vitorearon su nombre y estrecharon su mano. Expresaban así el respeto a la acatamiento a la voluntad de Franco, la adhesión al autoritarismo, la confianza en la Monarquía, el amor a la Patria.

(Barón Quesada, en «ABC»)

## Las oportunidades

Cada vez se observa con más claridad que la igualdad de oportunidades no se logra con la concesión de una beca que permite cursar los estudios a quien tiene capacidad y no tiene medios para ello. La igualdad de oportunidades está condicionada por una serie de factores de orden familiar, económico y geográfico (no se tienen iguales oportunidades en una aldea que en Madrid), que permiten decir, de una forma científica que comienza en la cuna. De forma científica se indica el desarrollo intelectual del niño comienza en sus primeros años, y que por tanto, en esos años se inicia la desigualdad de oportunidades que se pretende corregir. La consecuencia es que sin perjuicio del notable esfuerzo que en España se realiza para lograr el acceso a los estudios mediante la gratuidad de la enseñanza y la concesión de becas y ayudas, hay que convencerse de que una verdadera igualdad de oportunidades, algo que se aproxime lo que por ese criterio se entiende, no puede lograrse sólo a través de becas y ayudas que sean, sino que "de la elevación social de las claustrofóbicas".

(De «El Alcázar»)

## Nuestras edades y las comparaciones

Un artículo  
de EUSEBIO  
GARCIA LUENGO

En la casa donde yo estaba convocado se reunían unas cuantas personas discretas y cultivadas, las cuales llevaban bastantes años de trato reciproco, ya que casi todas rondaban los sesenta y cinco y alguno se acercaba a la setentena. La conversación tuvo enseguida un tono nostálgico y, al mismo tiempo, de crítica quejumbrosa y un tanto sarcástica del presente. Como se trataba de aficionados o enterados más o menos de cosas literarias, menudearon las referencias o temas semejantes. Me percaté de que cuanto ocurría en la actualidad y su alrededor apenas lograba interesarse, si no tenía con ellos alguna vinculación familiar o aludía a un conocimiento muy directo y concreto.

Alguien se apresuró a declarar que la poesía, una alusión entre tantas, había dejado de existir, pues la que se escribía no pasaba de mero eco o repetición. Otro opinó que la novela había desaparecido; igualmente y que la imaginación estaba en crisis. El teatro no merecía mayor atención. Era evidente que el de aquel tiempo, el de

aquel entonces —un entonces que aparecía un tanto remoto, pero ya concluso e incorporado a la Historia, casi como ellos mismos—; que el teatro de antaño, digo, contaba con obras más interesantes y con autores de más honda o peculiar personalidad.

De los actores no había que decir. Aquella maravillosa actriz —aquel el nombre de una ya hace tiempo desaparecida— interpretando aquella obra memorable, venía a constituir, en efecto, recuerdo conmovedor. Todo, según se ve, había de ser retrospectivo. En un aspecto general y en cuestiones relativamente abstractas, ignoraba casi por completo lo que se había publicado o se había representado, entre nosotros, en estos veinte o veinticinco años últimos.

No, nada nuevo, o reciente, o actual, lograba interesarse, como si la vida y el espíritu se hubiesen detenido o secado en torno suyo. Y por otra parte, en una esfera próxima e íntima, no dejaban de ser padres normales y orgullosos de muchachos ávidos

dos, lúcidos y llenos sin duda de vigor moral y mental. Pero esa realidad se hallaba demasiado apegada a ellos para que la relacionasen con el juicio distante, desdenoso y generalizador, al cual se aferraban como a una oscura necesidad. Curiosa retorsión o espejismo del presente.

Llegaba yo a preguntarme, entre otras dudas, si a partir de cierta edad el hombre va desentendiéndose de cuanto ocurre a su alrededor, al menos en determinados órdenes, y si deja de interesarse por multitud de manifestaciones que antaño captaron su atención. Posiblemente, todo viene a antojárselle repetición o extravagancia. Como el saber sí ocupa lugar, probablemente muchos dejan de sentir ya curiosidad por destinos, caracteres y obras, puesto que su ánimo se halla embargado por los de aquellos tiempos, los suyos, es decir, aquellos años en que tuvieron plenitud de sensibilidad y de aptitudes.

Acaso se trate de un estancamiento o anclamiento necesario, casi fatal, con un relativo y muy variable paralelismo entre

lo biológico y lo intelectual, todo lo cual, en lo que pudiera llamarse la dialéctica de las edades, viene a poner, en medio de cierta ceguera y limitación que a menudo se da, no poco de equilibrio y medida y una especie de peso o razón histórica. Tales personas aforantes vendrían a representar el valor antecedente de lo que ya pasó y a lo que también se debe, necesariamente, cuanto ocurre ahora. No hay saltos ni rupturas y mucho menos entre las generaciones, aunque se abuse de unos conflictos con frecuencia artificiosos.

Y tal vez sea esta actitud, vuelta al pasado casi exclusivamente, preferible a la que se observa en algunos otros. Me refiero al afán que muestran algunos de congratirse con los más jóvenes y de hacer de continuo ostentación de estar enterados de sus problemas, procurando halagar sus gustos, tendencias o posiciones e incluso imitando, en ocasiones con algún deje irónico, sus expresiones.

Es frecuente, en efecto, encontrar a personas muy maduras que cultivan, si se me permite la frase, la demagogia de la juventud. Los tales están siempre dando explicaciones a los jóvenes, disculpándose, proclamando que ellos también se hallan en el secreto de la última moda, que si quisieran ya verían los demás...

De este modo pretenden hacerse simpáticos a los que vienen detrás, con un empeño que, en la esfera intelectual, recuer-

da el tipo de la respetable señorita de los afeites y los dengues juveniles en que suelen ensalzarse caricaturistas y satíricos. Y es verdad que se trata de dramas grotescos, en los que intervienen elementos conmovedores: el afán de permanecer, el temor a la censura de los más audaces, una cierta inseguridad en sí mismo, el deseo de quedar a bien con todos.

Lo natural, sin embargo, es que aquella que va aproximándose a la vejez se resista a admitir que posea valor extraordinario cuanto le sigue. En cambio, aquello mismo que discutió en la época de su plenitud, lo mismo que adoró, al parecer, con reservas e incluso con reticencias y burlas y que tampoco le satisfizo entonces, ahora lo evoca emocionadamente. Y si lo compara con lo presente, lo habrá de indiscutible superioridad.

Y volviendo a los reunidos a que aludi al principio, debe reconocerse que no se manifestaban así por casticería ni mezquindad, pues eran generosos en lo particular e interesados sinceramente por el transcurso de las cosas de la inteligencia. Simplemente, me encontraba yo —y un tanto solo en aquella ocasión— ante la fuerza avasalladora de la ignorancia. Y es que con frecuencia nos topamos con distintas maneras de enfrentarse con situaciones vitales, en las cuales la respuesta del prójimo no se halla acorde con la que la vez buscamos nosotros. Y nos extraña, nos hiera, nos desconcierta o nos hace pensar. (Pyresa).

